

IV Domingo de Cuaresma - C

- **Josué 5, 9a.10-12** ● **"El pueblo de Dios, tras entrar en la tierra prometida, celebra la Pascua"**
- **Salmo 33** ● **"Gustad y ved qué bueno es el Señor"**
- **2 Corintios 5,17-21** ● **"Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo"**
- **Lucas 15, 1.11-32** ● **"Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido"**

Lucas 15, 1.11-32

¹ Los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírle. Jesús les dijo esta parábola a los escribas y fariseos: ¹¹ «Un hombre tenía dos hijos. ¹² Y el menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y el padre les repartió la herencia. ¹³ A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano y allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida. ¹⁴



Quando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. ¹⁵ Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. ¹⁶ Tenía ganas de llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. ¹⁷ Entonces, reflexionando, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre! ¹⁸ Volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹ Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros. ²⁰ Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos. ²¹ El hijo comenzó a decir: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. ²² Pero el padre dijo a sus criados: Sacad inmediatamente el traje mejor y ponédselo; poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies. ²³ Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, ²⁴ porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron todos a festejarlo.

²⁵ El hijo mayor estaba en el campo y, al volver y acercarse a la casa, oyó la música y los bailes. ²⁶ Llamó a uno de los criados y le preguntó qué significaba aquello. ²⁷ Y éste le contestó: Que ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano. ²⁸ Él se enfadó y no quiso entrar. Su padre salió y se puso a convencerlo. ²⁹ Él contestó a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me has dado ni un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. ³⁰ ¡Ahora llega ese hijo tuyo, que se ha gastado toda su fortuna con malas mujeres, y tú le matas el ternero cebado! ³¹ El padre le respondió: ¡Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo! ³² En cambio, tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado. Convenía celebrar una fiesta y alegrarse».

Notas sobre el texto, contexto y pretexto

* En el capítulo 15, Lucas reunió tres parábolas diferentes, pero con una misma unidad temática: de la oveja perdida (15,4-7), de la moneda perdida (15,8-10) y del hijo pródigo. A través de ellas, Jesús nos realiza una gran revelación: ¡Dios siente! y sus sentimientos más íntimos son la ternura, la compasión y la misericordia. Lucas tiene un cariño especial por este rasgo fundamental que Jesús nos revela del misterio insondable y desconocido de Dios: la ternura y misericordia, que son su auténtico corazón. Por eso, el capítulo 15, las parábolas de la misericordia, es conocido como *"el Evangelio dentro del Evangelio"*. La tercera de las parábolas, la del hijo pródigo, es la más profunda y conmovedora de las tres. Lucas es el único evangelista que la cuenta.

Notas para fijarnos en Jesús y el Evangelio

- “**Los publicanos**”, considerados pecadores tanto por los maestros de la Ley como por la gente del pueblo, y otros “**pecadores**” (1) “**solían acercarse a Jesús**” y Jesús “**come con ellos**” (2). Eso provoca rechazo por parte de algunos (2).
- En el mundo oriental antiguo, las **comidas** se consideraban un momento privilegiado de amistad y de comunión entre las personas. Los fariseos consideraban que comer con paganos o con pecadores era una fuente de impureza ritual.
- El protagonista de la parábola es el “**hombre**” que tiene “**dos hijos**” (11).
- Estos **hijos** reciben del padre lo que les corresponde como hijos (12). Uno de los bienes que reciben es la **libertad** de “**emigrar**” (13) y de “**entrar**” (28), la libertad de **gozar** de los bienes de la casa del Padre (13 y 31) o de “**derrocharlos**” (14 y 28).
- El **centro de la parábola está en el amor del Padre** por sus dos hijos más que en la conversión del hijo menor (20-24.32). Un amor que hace que dé el perdón total y sin condiciones al que se había ido para no volver nunca más.
- El **Padre sale al encuentro**, tanto de un hijo (20) como del otro (28).
- El “**traje**”, el “**anillo**” —signo de autoridad—, “**las sandalias**” -propias de un hombre libre, no de un esclavo— (22) son signos de la restitución de la dignidad de hijo. Conviene tener presente que la situación anterior de ese hijo estaba marcada por cosas como “**guardar cerdos**” (15), trabajo inaceptable y degradante para un judío.
- La **fiesta** (23-24), **signo del amor** del Padre y de la **alegría** de la Iglesia cuando el Padre rehace la comunión. Podemos relacionarlo con la Eucaristía, figura del Reino, donde el hermano mayor es invitado a acoger al menor (32).
- La **alegría** (23.32) es lo que sienten todas las personas que hallan a Jesús y reconocen en Él a quien trae al mundo la salvación de Dios (Lc 2.10; 24,52).
- La **actitud del hijo mayor** (28) retrata la actitud de los “**fariseos y escribas**” (2). que “**murmuran**” de Jesús porque “**acoge a los pecadores**” (1-2).

- La del “**padre**” (20.22-24.31-32), en cambio, manifiesta el rostro de Dios, que muestra su amor ilimitado e incondicional a la humanidad a través del ministerio de Jesús (1 - 2), que siempre va al encuentro (20.28) de los pecadores (Lc 5,32).
- El **perdón de Dios** llega a cuantos quieren aceptarlo. Sólo hay que “**entrar**” en la casa del “**padre**” (28).

Otra mirada sobre el hijo “menor” (con ganas de ver a Jesús en todas partes)

- El **hijo “menor”** nos ofrece una imagen de Jesús, el Hijo amado (Lc 3,22) del Padre:
 - se va de la casa del Padre — viene a convivir con otros (13)
 - asume la realidad humana en toda su dureza (14-16; Flp 2,6-8)
 - “**consume los bienes del Padre**” (13.30) —gasta su vida— con los pecadores
 - encuentra el rechazo de los que se creen justos (2.29)
 - Incluso asume el pecado de todos y pide perdón al Padre (21; Lc 23,34). Es el que quita el pecado del mundo (Jn 1,29).
- El **Padre**, por su parte, lo levantó sobre todo, y le concedió el “**Nombre-sobre-todo-nombre**” (Flp 2,9ss). Y, de este modo, nos ha perdonado a todos y a todas: “**todo lo mío es tuyo**” (32).



VER:

La guerra en Ucrania, que pedimos y esperamos que haya terminado o termine pronto, nos ha sobrecogido especialmente a los europeos, más que otras guerras que se han producido y se producen en el mundo, quizá debido a la cercanía. Nos sentíamos muy seguros, apoyados en un orden político, económico, social, material... que creíamos firme, pero hemos visto que no es así. Hemos caído en la cuenta de que a cualquiera, en cualquier momento, le puede pasar algo similar. Esta situación nos indigna y, a la vez, nos asusta, y pedimos la paz, pero no sabemos cómo lograrla.

JUZGAR:

Porque como ya se expresó en la constitución “*Gaudium et spes*”, del Concilio Vaticano II, “**la paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica... Es absolutamente necesario el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz**”. (78) Una paz basada sólo en la ausencia de guerra o en el equilibrio de fuerzas, mientras siguen latentes sentimientos de odio y venganza, de riqueza y poder, es una paz muy frágil e inestable.

Y esto es válido también para las “guerras” en el ámbito más cercano, ya sea familiar, de amistades, laboral... Para lograr la auténtica paz no basta sólo con no pelearse, hay que dar un paso más. En la 2ª lectura, san Pablo ha hablado varias veces de reconciliación, es decir, de restablecer relaciones, superar enemistades, poner de acuerdo a quienes estaban en conflicto. Si queremos una paz estable, a la ausencia de guerra y de conflicto hay que unir la reconciliación.

Pero la reconciliación no es fácil, ni en lo personal, ni en lo social: las heridas a veces son muy profundas y cuesta superarlas, incluso a veces nos sentimos incapacitados para hacerlo. Por eso san Pablo nos ha dado el punto de partida: *Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo*. Para que sea posible la reconciliación entre las personas y los pueblos, Dios da el primer paso hacia nosotros en Jesús, su Hijo, como nos ha mostrado en el Evangelio con esta parábola.

El hijo pródigo había roto de forma brusca las relaciones con su familia: *Padre, dame la parte que me toca de la fortuna*. Pero esa ruptura le ha acarreado graves consecuencias y, como empezó él a pasar necesidad, desea volver a su casa, y el único modo que se le ocurre es humillarse para no generar enfrentamientos: *Padre... ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros*.

Quizá esto evitaría conflictos, pero como hemos visto en el hermano mayor, el resentimiento sigue latente: *ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres...* y tarde o temprano habría problemas.

Por eso, lo que esta parábola destaca es la actitud del padre, que es la actitud de Dios, que no sólo acoge al hijo pródigo, sino que lo reconcilia con él: *cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos...* Y también busca reconciliar al hermano mayor: *Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo*. El punto de apoyo para una paz fundamentada en la reconciliación es recordar que Dios Padre, por medio de su Hijo, ha dado el primer paso para reconciliarnos con El, porque Jesús, como murmuraban los fariseos y los escribas, *acoge a los pecadores y come con ellos*.

Por eso, es muy necesario llevar a la práctica la exhortación de san Pablo: *En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios*, y recibir el Sacramento de la Reconciliación, para reencontrarnos con Dios y, desde esa conciencia del perdón recibido, ser artífices de reconciliación, empezando por el ámbito más cercano y personal, para ampliarse a otros ámbitos de nuestra vida.

ACTUAR:

¿Cómo afronto los conflictos personales, familiares, sociales, mundiales...? ¿Me limito a la “ausencia de guerra”? ¿Busco la reconciliación? ¿Me he sentido reconciliado con Dios? ¿Cuánto hace que no he recibido el Sacramento de la Reconciliación? ¿Por qué?

Los conflictos y guerras, en cualquier ámbito, sólo generan destrucción y muerte. No está en nuestra mano lograr la reconciliación entre países en conflicto, pero sí está en nuestra mano generar un estilo reconciliador en nuestros ambientes, desde la conciencia de haber sido reconciliados con Dios en Cristo, ya sea como “hijos pródigos” o como “hermanos mayores”, para avanzar en la consecución de una auténtica paz en lo personal, familiar y social.



Acción Católica General

Alfonso XI, 4 - 5º 28014 Madrid

www.accioncatolicageneral.es

acg@accioncatolicageneral.es